

Elige el quebrantamiento

Nancy DeMoss Wolgemuth

El pequeño grupo de líderes de la iglesia había estado orando fervientemente por un avivamiento en su comunidad, una aldea en la isla de Lewis, la mayor isla de las Hébridas Exteriores, frente a la costa de Escocia. Había en ellos una carga particular por los jóvenes de la isla que no tenían ningún interés en asuntos espirituales y despreciaban las cosas de Dios.

Se reunieron durante 18 meses (tres noches a la semana, orando toda la noche hasta las primeras horas de la mañana, rogando a Dios que los visitara por medio de un avivamiento). Pero no había evidencia alguna de cambio.

Entonces, una noche, un joven diácono se puso de pie, abrió la Biblia y leyó el Salmo 24: "¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en su lugar santo? Sólo el de manos limpias y corazón puro, el que no adora ídolos vanos ni jura por dioses falsos. Quien es así recibe bendiciones del Señor; Dios su Salvador le hará justicia." (vv. 3-5, NVI).

Enfrentando a los hombres que le rodeaban, el joven dijo: "Hermanos, me parece una tontería estar orando y esperando como estamos haciendo si no tenemos una correcta relación con Dios."

Allí, en la paja, los hombres se arrodillaron humildemente y confesaron sus pecados al Señor. En un breve período de tiempo, Dios comenzó a derramar su Espíritu en un despertar extraordinario que sacudió toda la isla.

Antes de que este impacto se pueda sentir en un hogar, en una iglesia, o en una nación, el avivamiento debe primeramente ser experimentado a nivel personal en los corazones de los hombres y mujeres que han encontrado a Dios de una manera fresca.

Y el obstáculo más grande para que experimentemos un avivamiento personal, es nuestra falta de voluntad para humillarnos y confesar nuestra desesperada necesidad de Su misericordia.

Programados para la felicidad

Nuestra generación ha sido programada para buscar la felicidad, la plenitud, la afirmación, la cura para nuestros sentimientos de dolor y daños psicológicos. Pero Dios no está tan interesado en estas cosas como nosotros lo estamos. Él está más comprometido en hacernos santos que en hacernos felices. Y sólo hay un camino hacia la santidad, (un camino hacia el verdadero avivamiento) y ese es el camino de la humildad y el quebrantamiento.

Dios está más comprometido en hacernos santos que en hacernos felices.

Las Escrituras dejan claro que este es el requisito número uno para encontrar a Dios en el avivamiento. "Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: «Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados". (Isaías 57:15, NVI).

A menudo pensamos en el avivamiento como un tiempo de gran gozo, bendición, plenitud, y celebración. Y así será en su plenitud. Pero el problema es que queremos un Pentecostés sin dolor. . . un avivamiento "divertido". Nos olvidamos que los caminos de Dios no son nuestros caminos, que el camino hacia arriba es el camino hacia abajo.

Tú y yo nunca encontraremos a Dios en avivamiento a menos que primero lo encontremos en el quebrantamiento. Eso no significa, como algunos piensan, que tengamos un semblante sombrío o que seamos morbosamente introspectivos. Tampoco se puede equiparar con una experiencia profundamente emotiva. Es posible derramar cubetas o baldes de lágrimas sin experimentar un momento de verdadero quebrantamiento. Además, ser quebrantado no es lo mismo que ser profundamente herido por circunstancias trágicas. Una persona puede haber sufrido muchas heridas profundas y tragedias sin quebrantarse.

El quebrantamiento no es un sentimiento, es más bien una elección, un acto de la voluntad. No se trata principalmente de una experiencia en tiempo de crisis (aunque puede haber puntos de crisis en el proceso de quebrantamiento), sino que es un estilo de vida permanente y continuo.

El quebrantamiento es un estilo de vida, es una forma de vivir de acuerdo con Dios respecto a la verdadera condición de nuestro corazón y de nuestra vida, como Él la ve. Es un estilo de vida, de rendición incondicional y absoluta de nuestra voluntad a la voluntad de Dios, una actitud del corazón que dice: "¡Sí, Señor!" A todo lo que Dios dice. El quebrantamiento significa la destrucción de nuestra voluntad propia, para que la vida y el Espíritu del Señor Jesús puedan manifestarse

libremente a través de mí. Es mi respuesta humilde y obediente a la convicción de la Palabra de Dios y a su Espíritu Santo.

El quebrantamiento es un estilo de vida de ponerse de acuerdo con Dios acerca de la verdadera condición de nuestro corazón y sobre la vida, verla como Él la ve.

La Sagrada Escritura nos ofrece numerosos ejemplos de personas quebrantadas. Curiosamente, estos ejemplos contrastan con los de personas que no fueron quebrantadas. En estos casos, las dos personas habían pecado. La diferencia no radica en la naturaleza de su pecado, sino en su respuesta al ser confrontados con ese pecado.

Por ejemplo, dos reyes en su trono. Un rey, en un arrebatado de pasión, cometió adulterio con la mujer de su prójimo, y luego conspiró para precipitar la muerte de su vecino. Sin embargo, cuando la historia de su vida es contada, vemos como este hombre fue llamado "un hombre conforme al corazón de Dios." Por el contrario, el pecado de su predecesor era relativamente insignificante: era sólo culpable de no ser completamente obediente. Pero le costó su reino, su vida y su familia.

¿Cuál es la diferencia?

Cuando el rey Saúl fue confrontado con su pecado, se defendió y se excusó, culpó a otros, y trató de encubrir tanto el pecado como sus consecuencias. En resumen, su respuesta revela un corazón orgulloso, que no ha sido quebrantado. Por el contrario, cuando el rey David fue confrontado con su pecado, estuvo dispuesto a reconocer su falta, a aceptar la responsabilidad personal por su maldad, confesar y arrepentirse de su pecado. Su respuesta fue la de un hombre humilde y quebrantado. Y Dios honró ese corazón.

El quebrantamiento trae bendiciones

Jesús dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mateo 5:3 LBLA), es decir, los "quebrantados", aquellos que reconocen que están en bancarrota y pobreza espiritual". La Palabra de Dios enseña que el quebrantamiento trae una serie de bendiciones.

En primer lugar, Dios se acerca a los quebrantados. Él levanta a los que son humildes, pero se mantiene lejos de los soberbios.

En segundo lugar, se libera nueva vida a través de nuestro quebrantamiento. En la víspera de su crucifixión, cuando Él partió el pan y lo distribuyó a sus discípulos, Jesús declaró: "Este es mi cuerpo que por vosotros es entregado" (1 Cor. 11:24, RV). Su muerte en la cruz libera la vida eterna

para nosotros. Cuando estamos dispuestos a ser quebrantados, Su vida abundante se libera para que fluya en otros a través de nosotros.

En tercer lugar, el quebrantamiento aumenta nuestra capacidad de amar y de adorar. La "pecadora" que ungió los pies de Jesús con sus lágrimas y ungüentos preciosos, era una mujer quebrantada (Lucas 7:37-38 LBLA). A consecuencia de esto, ella era libre de prodigar su amor y adoración al Señor Jesús, sin restricciones, sin estar sujeta a las opiniones de los que la veían. Algunos de nosotros no somos realmente libres para amar y adorar al Señor Jesús con todo nuestro corazón. Tal vez eso se debe a que no estamos quebrantados. Todavía estamos más preocupados por lo que otros piensan que por el objeto de nuestra devoción.

En cuarto lugar, el quebrantamiento trae una mayor cantidad de frutos, porque Dios usa las cosas y personas quebrantadas. Cuando la fortaleza natural de Jacob se debilitó en Peniel, por ejemplo, Dios fue capaz de revestirlo de poder espiritual. Cuando los cinco panes traídos a Jesús por el joven fueron partidos, se multiplicaron de manera sobrenatural y fueron suficientes para alimentar a una multitud. Y cuando el cuerpo de Jesús fue roto en el Calvario, la vida eterna fue liberada para la salvación del mundo.

Por último, el fruto del quebrantamiento se ve en el avivamiento —la liberación del Espíritu de Dios por medio de nuestro quebrantamiento personal y corporativo. Durante el avivamiento galés de 1904-05, la canción que se escuchaba frecuentemente de labios del pueblo de Dios con corazones quebrantados y contritos fue, "Doblégame mas y mas, a los pies de Jesús."

¿Por dónde empezamos?

Tenemos que llegar a ver a Dios como Él realmente es; mientras más nos acerquemos a Dios, veremos con mayor claridad nuestra propia necesidad a la luz de Su santidad.

En el quinto capítulo de Isaías, el gran profeta pronuncia las bien merecidas aflicciones que recaerían sobre los materialistas, sensuales, orgullosos e inmorales de su época. Una y otra vez grita: "¡Ay de ellos. . . !" "Pero entonces Isaías se encuentra cara a cara con la santidad de Dios, y sus siguientes palabras son: " ¡Ay de mí!" (Isaías 6:5, énfasis de la autora). El hombre o la mujer quebrantada esta más consciente de la corrupción dentro de su propio pecho que el del corazón de su prójimo.

Después de haber visto a Dios por lo que Él es, debemos clamar a Dios por misericordia. El aprender a reconocer y confesar nuestra necesidad espiritual de Dios es esencial para vivir un estilo de vida de quebrantamiento. La persona quebrantada no culpa a los demás. La actitud de su

corazón es: "No es mi hermano, ni mi hermana, ¡soy yo, oh, Señor, de pie ante ti en necesidad de oración!"

La persona quebrantada es capaz también de comunicar sus necesidades a los demás. No hay quebrantamiento donde no hay sinceridad. Casi sin excepción, las grandes victorias sobre el pecado y la tentación que he experimentado han sido ganadas cuando estuve dispuesta a humillarme y confesar mi necesidad de que un creyente maduro orara por mí, de alguien a quien pudiera rendirle cuentas de mi obediencia a Dios.

Finalmente, el quebrantamiento es un asunto de ceder el control de nuestra vida a Dios. El corazón que se ha vaciado de sí mismo y librado de su obstinación, es el corazón que va a experimentar la llenura y el avivamiento de nuestro glorioso y santo Dios, que se humilló a sí mismo, para que en Él fuésemos levantados.